


LA FERIA DE SAN JUAN DE LOS LAGOS

SAÚL JERÓNIMO ROMERO

Introducción



a feria de San Juan de los Lagos fue un importante evento comercial y social, que adquirió gran fama a fines del siglo XVIII y durante todo el XIX fue punto de reunión de todo México. A través de su estudio, es posible comprender algunos de los aspectos del difícil proceso por el que atravesó el país para transitar del mercantilismo al comer-

cio de libre mercado y las consecuencias que este proceso ocasionó en la economía y sociedad mexicana. Las etapas por las que atravesó la feria estuvieron claramente asociadas al acontecer político y económico de la nación; desde mediados del siglo XVII hasta fines del siglo XIX, la feria de San Juan pasó de ser un mercado local a uno regional, nacional e internacional.

Es mi propósito mostrar las características emergentes de la feria de San Juan de los Lagos mediante la comparación

con las de México, Jalapa y Acapulco, que se hacían en tiempos de la colonia; asimismo describir como la feria sirvió de enlace para que convergieran las variadas regiones que entonces intentaban integrarse como Nación y explicar por qué esta feria sobrevivió en el siglo XIX, lo que no sucedió con las otras. También me ocuparé de los medios de transporte que utilizaban los asistentes a la feria, las comodidades o acaso desventuras que tenían que afrontar para llegar a su destino y de la naturaleza del hospedaje, que se podía conseguir camino a la feria y en San Juan de los Lagos; ambos elementos indispensables para la buena marcha de una economía moderna.

En este contexto también esbozaré algunas de las políticas que tanto el gobierno colonial como el nacional implantaron con respecto al comercio; en este aspecto, trataré de ubicar algunos de los problemas con los que se enfrentó el gobierno mexicano para evitar el contrabando y establecer mecanismos eficaces de control fiscal. Todo ello de la manera más sintética posible.

Es pertinente informar a los lectores que estas notas surgieron de la lectura de la novela de Manuel Payno, *Los bandidos de Río Frío*, novela de costumbres en la que se hace una detallada descripción de la feria de San Juan de los Lagos; en este trabajo utilizo con prolijidad el texto de Payno, además de otros testimonios de la época que complementan el cuadro; asimismo utilizo varios de los trabajos que sobre historia de la economía mexicana se han escrito en los últimos años.



Todos llegan a San Juan

En los años treinta del siglo XIX, según nos relata Manuel Payno, miles de personas asistían a la feria de San Juan de los Lagos. Gente de todas las clases sociales y de casi todo el país iban anualmente a esa pequeña localidad de Jalisco. A principios del mes de diciembre de cada año, multitudes llegaban al lugar con motivo del aniversario de las apariciones de la virgen de San Juan de los Lagos, durante su estancia se relizaba una gran feria comercial.

Cuenta Madame Calderón de la Barca, que en esos días era imposible arreglar cualquier asunto en la ciudad de México, porque todo el mundo estaba o iba camino a la feria.¹

Comerciantes, compradores y visitantes de casi todo el país se reunían en San Juan de los Lagos. Miles llegaban de la ciudad de México, otros llegaban procedentes de Mazatlán, San Blas, Guadalajara y de todas las poblaciones del Bajío cercanas al lugar; también hacían acto de presencia personas de Veracruz, Texas, Chihuahua, Nuevo México, Querétaro, Puebla, Aguascalientes, San Luis Potosí, Morelia, Sinaloa, Coahuila, Sonora y Tamaulipas. En fin, prácticamente asistían representantes de todo el centro del país y del norte. Payno aclara, que de Oaxaca había unos pocos y que de los estados del Sur ninguno.²

La condición social de los asistentes era muy variada; había desde el rico comerciante de Mazatlán, hasta los habitantes de los barrios más pobres de la ciudad de México, de San Pablo, Santa Anita y San Lázaro, por ejemplo; también había rancheros de los pueblos cercanos a San Juan, algunos extranjeros, comerciantes en pequeño de todo el norte, hacendados y administradores de las haciendas de casi todo el Bajío y funcionarios públicos de todas las categorías.³

Camino a Lagos

Transportarse no era fácil en el siglo pasado y menos en tiempos de la feria, aun las personas con recursos económicos suficientes sufrían para conseguir un carruaje. Madame Calderón de la Barca relata lo infructuoso que fueron sus esfuerzos por conseguir una diligencia, a mediados de noviembre de 1841, que estuviera totalmente a su servicio para un viaje que emprendían a Toluca, por lo que tuvieron que compartir su transporte con otras personas, pues había una gran demanda de transporte debido a la feria.⁴

Los adinerados del país y los extranjeros que tenían medios propios de transporte, generalmente se movilizaban con un tren de viaje gigantesco, pues eran muchas las necesidades que debían cubrirse para tener una relativa comodidad. Además que la inseguridad de los caminos hacía necesario llevar una pequeña escolta. Como ejemplo, citaré los medios usados por H. G. Ward, célebre viajero inglés, que en 1827 recorrió una buena parte de las zonas mineras del país:

La señora Ward iba acompañada de dos sirvientas mexicanas y junto con las niñas ocupaban un gran coche tirado por ocho mulas ... Como cerramos por completo nuestra casa en la capital, todos los sirvientes mexicanos nos acompañaron, aunque con algunos cambios en las tareas ...Por ejemplo, uno de los lacayos actuó como postillón, y, junto con el cochero, se hizo cargo por completo del coche, ...un muchacho ...tenía el doble papel de arriero y cocinero.

Teníamos además otras tres sirvientas para que se encargaran de las tareas domésticas durante el camino, dos arrieros para las mulas de carga y dos caballerangos, uno de ellos servía de proveedor.⁵

Los viajeros eran la familia Ward; el señor Martín, cónsul general francés en México; el doctor Wilson y el

señor Carrington. Doce sirvientes para siete viajeros. Además llevaban ocho mulas de carga y ocho caballos de repuesto.⁶

El tren de viaje de la familia Ward pudiera parecer una excepción por sus dimensiones, pero al parecer se trataba de la forma habitual de viajar de las personas de amplios recursos económicos, incluso podría decirse que era ligero comparado con la forma en que lo hacían otros, según se puede constatar en el testimonio que otro viandante inglés escribió sobre la forma en que se transportaba un español en 1824:

...y el largo tren de viaje de un español, que consistía en dos carrozas y por lo menos cuarenta mulas y caballos. El equipaje iba sobre los coches y en el interior de ellas bien lleno con la familia del viajero, una media docena de indios se acomodaron como lechigada en una hamaca colgada debajo. Un tronco de ocho mulas estaba enganchado a cada carruaje y un relevo corría al lado; había una media docena de servidores a caballo.⁷

El viaje de la ciudad de México a Guadalajara se llevaba casi veinte días, según la estación del año; tal vez, por eso la feria se hacía en diciembre, mes del año en que rara vez llueve, por lo que eran más transitables y rápidos los caminos.

Si el recorrido se hacía en diligencia, las corridas con rumbo a San Blas, que obligadamente pasaban por San Juan, salían los lunes, miércoles y viernes a las cuatro de la mañana. Diez o doce días de viaje eran necesarios para llegar a San Juan de los Lagos.⁸ En tiempos de la feria había hasta dos o tres coches que diariamente cubrían la ruta.⁹ El costo del viaje era de aproximadamente cuarenta y cinco pesos,¹⁰ más los gastos de comida y hospedaje pertinentes.

En México y Puebla, la gente podía comprar un bombé para llegar a Lagos; en esos carros llevaban a toda la familia incluidos los sirvientes; asimismo cargaban con despensa, colchones y a veces hasta muebles. El coche servía también de comedor y dormitorio.¹¹ Eran nuestros turistas nacionales de aquellos tiempos. La gente que venía de Chihuahua llegaba

“en unos carros que parecían casas, tirados cada uno por diez o doce mulas gigantes, pues pasaban de siete cuartas, y los carreteros, mayordomos y gente que escoltaba el cargamento para defenderlo de los indios bárbaros, tenían un aspecto salvaje e imponente.”¹² De los pueblos cercanos llegaban partidas de rancheros y de mujeres a pie o a caballo.

De otras localidades, trataré de dar una idea de las distancias y el tiempo que se hacía para llegar a San Juan de los Lagos. Cercana a Lagos se encontraba la ciudad de Guadalajara, a treinta y ocho leguas y media,¹³ más o menos cuatro o cinco días de camino; de Querétaro a San Juan, había sesenta y siete leguas de distancia,¹⁴ ocho o nueve días de camino; de Aguascalientes a San Juan dieciocho leguas,¹⁵ dos o tres días; de León a la feria veinte leguas y media,¹⁶ dos o tres días; de Colima a San Juan, 98 leguas y media,¹⁷ nueve o diez días; del lejano estado de Chihuahua se llegaba vía Durango, hasta donde había setenta leguas y de ahí todavía faltaban noventa y ocho más, en total 168,¹⁸ es decir más de un mes de tránsito; de Zacatecas a San Juan había cuarenta o cuarenta y dos leguas,¹⁹ cinco o seis días de camino.

No sólo comerciantes nacionales llegaban a la feria, también lo hacían negociantes de diversas partes de Europa. Con meses de anticipación en París, Liverpool y Hamburgo se preparaban grandes cargamentos de mercancías con rumbo a la feria de diciembre; todo tipo de mercaderías hacían largas travesías para ser vendidas en este vasto mercado.²⁰

Payno, maravillado por las dimensiones de la feria, escribió: “Las peregrinaciones al sepulcro de Mahoma, las ferias de Sevilla, las verbenas de Cataluña, las kermeses de Francia, serían iguales, pero no superiores por la numerosa concurrencia, por el movimiento, alegría y riqueza de la gran feria mexicana.”²¹

Vale la pena preguntarse por qué se escogió San Juan de los Lagos como sede de esta importante feria. La explicación

tal vez resida en que el pueblo era punto de convergencia del camino de tierra adentro; ubicar la feria en Guadalajara, por ejemplo, hubiera significado varios días más de camino para los comerciantes o visitantes que venían del norte, lo que hubiera aumentado los gastos y hubiera dado una ventaja importante a los comerciantes tapatíos, que no hubieran tenido que invertir nada para ofrecer sus mercaderías. Además, el carácter popular que tuvo siempre la feria, ofrecía la oportunidad de vender al menudeo, con lo que la feria no era controlada por los monopolistas: creo que cualquier iniciativa en favor de alguno de los grupos monopólicos hubiera encontrado fuerte resistencia.



El pueblo

Después de varios días de camino se vislumbraba una llanura fértil, sembrada de trigo;²² más adelante, en una profunda barranca se encontraba San Juan de los Lagos, pequeño pueblo, situado casi a nivel del río del mismo nombre.²³

El pueblo, triste y casi abandonado durante todo el año, cobraba vida y esplendor cuando se llevaba a cabo la feria.²⁴ El pueblo según descripción del viajero inglés, William T. Penny, era como todos los pueblos de la región:

... Haciendo la descripción de una de estas ciudades tienes la de todas las demás. Están construidas con barro y zacate y, sin embargo todas tienen, no importa cuán pobres puedan ser, una plaza central y calles trazadas a cordel. La iglesia parroquial, por lo general una grande y

hermosísima construcción, ocupa un lado de la plaza y en oposición a ella encontramos el mesón. Unas cuantas tiendas, con soportales delante de ellas, ocupan parcial o completamente los lados restantes según el tamaño y respetabilidad de la ciudad. Las mejores casas son también las que se levantan próximas a la plaza (...) Las mejores casas están también primorosamente blanqueadas, y pintadas por fuera y por dentro y, hablando comparativamente, amuebladas con comodidad; estas casas son de los ricos propietarios de las tierras vecinas y están por lo general ocupadas por sus administradores; a veces, no obstante los grandes mismos (...) viven en ellas y un viajero puede estar siempre seguro de hallar una buena acogida entre ellos. Los alrededores de la ciudad son infelizmente pobres y los habitantes van únicamente semivestidos...²⁵

Sin embargo, San Juan tenía sus peculiaridades, por ser sede de la feria comercial más importante de todo el siglo XIX; pues las casas mejores y más nuevas estaban orientadas no hacia la iglesia sino rumbo a las calles más importantes en tiempos de la feria; había buenas construcciones, casas de piedra de dos pisos, mismas que en diciembre se pintaban y arreglaban para recibir a los visitantes. La iglesia era adornada con flores y alumbrada con velas de todos tamaños, día y noche. El empedrado de las calles se arreglaba para facilitar el tránsito de coches, recuas de mulas, carros grandes y pesados, de dos ruedas y ligeros.²⁶



El hospedaje

Había en San Juan un mesón que desafortunadamente para los viajeros que llegaban cuando no había feria, lo encontraban ruinoso e inmundo,²⁷ pero en diciembre se encalaba y

arreglaba con sus mejores galas; ocupar un cuarto del mesón, en ese mes, costaba diez dólares diarios.²⁸ Ahí llegaban la gente de recursos medianos; los más ricos como los comerciantes de Mazatlán arrendaban las principales casas del lugar por las que pagaban hasta dos mil pesos por la temporada.²⁹ Otros preferían vivir en sus coches, “que eran salones de recibir y comedores durante el día, y recámaras muy abrigadas en las noches.”³⁰

Además de estas instalaciones, en unos cuantos días, se construían otras efímeras, que sólo duraban en el mes de diciembre; eran cobertizos que formaban una gran galería de cincuenta u ochenta varas de largo por seis u ocho de ancho, fabricados con madera. En el interior se hacían divisiones con cortinas de manta, tan transparentes que los ocupantes que deseaban mayor intimidad debían de añadir sarapes y jorongos. Cada “cuarto” tenía un catre de tijera, con o sin colchon según las posibilidades del cliente; una mesa, dos sillas, un candelabro y una cacharro de barro para el agua; el costo de estas habitaciones era de cuatro pesos diarios.³¹

Después de estos hoteles, se instalaban los campamentos de los mercaderes de Chihuahua, Coahuila y Texas que con cincuenta o sesenta carros formaban inmensos cuadrángulos, en medio de los cuales ponían sus mercancías. Más adelante se establecían los dueños de ganado, quienes ocupaban laderas y valles cercanos para conseguir pastos para los animales.³² Así en unos cuantos días se formaba una gran ciudad con más de treinta y cinco mil habitantes; para que el lector tenga idea de lo que esto significaba en aquellos tiempos, basta decir que hasta 1900 únicamente las ciudades de México y Guadalajara sobrepasan los 100,000 habitantes, 470,000 una y 119,000 la otra; el 71.8% de los habitantes del país vivía en pequeñas poblaciones que no rebasaban los dos mil quinientos habitantes; el 9.4% habitaba pueblos que no rebasaban los cinco mil; el 6.2% en lugares de no más e 10,000

y el 3.3% en ciudades que tenían 20,000 residentes.³³ Es decir que el 90.8 de los habitantes de este país con trabajos se podrían formar una idea de lo que era una concentración de 35,000 personas.



Las mercancías

Las mercancías que abarrotaban los negocios eran de muchas partes del mundo y de todo tipo; entre las importadas había: pañuelos y pañolones de seda, variedad de indianas, lino de Irlanda, medias de hilo de Escocia, cortes de vestido para señoras, estampados para la clase pobre, paños y casimires, espejos, anillos, adornos de tocador, loza, joyería, cristal, juguetes, dijes, mercería francesa, telas de algodón, lino y seda, licores, etc.³⁴

El valor de las importaciones era importante, pero también el de las mercancías que ofrecían los comerciantes y productores nacionales. Se vendían grandes cantidades de ganado, mular, equino, lanar y vacuno; azúcar de Veracruz, Cuautla, Matamoros y Cuernavaca; piloncillos de Linares y Monterrey, cañas de azúcar; cacao de Tabasco y Soconusco, vainilla de la costa del Golfo, dátiles, plátano, quesos de higo, de tuna, palanquetas de nuez de Pachuca, cuero de membrillo, tamarindos de Pátzcuaro, camotes de Puebla y Querétaro, calabazates de Guadalajara, uvate de Aguascalientes, guayabates de Morelia, turrón y colación de México, carros llenos de algodón.³⁵ Las manufacturas mexicanas tampoco se que-

daban atrás en variedad, había: ferretería, loza corriente, lienzos de algodón ordinarios, instrumentos de labranza, zaleas de piel de carnero, esponjadas y teñidas de colores; pieles curtidas de tigre, pantera y de chivo; también se vendían gran variedad de sillas de montar, aparejos, atarrias bordadas y fustes, vinos y licores de todo tipo.³⁶

Además de todo esto, había un sinnúmero de vendedores ambulantes que se ocupaban de vender todo tipo de chácharas y comida para los viandantes.



El ambiente de la feria

El ambiente de la feria de San Juan de los Lagos era de fiesta. El visitante podía encontrar todo tipo de diversiones: peleas de gallos y corridas de toros, eran elementos importantes de la feria; sin faltar casas de juego, las había para todos los bolsillos; compañías de títeres y de cómicos; salones de baile, cantinas, etc. Además de las variadas cocinas que se daban cita en el lugar.

El elemento que ponía condimento a esta reunión era la convivencia de los variados tipos de personas de los estados. La nación apenas empezaba a formarse y este tipo de eventos ponía en contacto a los habitantes de al menos la mitad del país. Con admiración se veía a los fieros chihuahueros, fascinaba la piel blanca de las criollas de la frontera; la vestimenta y garbo de la china poblana y de las tapatías deslumbraban.³⁷ México se empezaba a reconocer a sí mismo.

¿Cómo empezó esta gran feria que sirvió de punto de enlace entre los mexicanos y de México con el mundo?



El origen de la feria

El pueblo de San Juan se fundó a mediados del siglo XVI con indígenas noctecas, muy cerca de lo que fue el cacicazgo de Jalostitlán, junto con él se fundaron los pueblos de San Miguel y San Nicolás.³⁸ El objetivo central de estas fundaciones era poner una barrera de indios pacíficos a los chichimecas que constantemente invadían los reales mineros y centros de cultivo de esta zona de la Nueva España y sobre todo proteger la ruta de la plata.³⁹

Sin embargo, durante todo el siglo XVI la población no prosperó gran cosa, dos factores inhibieron el crecimiento: la amenaza chichimeca y las incursiones que algunos españoles hacían a pueblos de la región para cazar indios y llevarlos a los obrajes o minas cercanas, como mano de obra esclava.⁴⁰

El lugar empezó a cobrar importancia a partir de que corrió el rumor de que la virgen se le había aparecido a una indígena del lugar. No se sabe con precisión cuándo sucedieron las apariciones, pero para el año de 1630 ya numerosas personas concurrían al lugar. Como es natural, incontables vendedores llegaron al pueblo a ofrecer productos y servicios diversos a los visitantes. Tal vez la necesidad de un mercado de los productos de la región dio celebridad a las supuestas apariciones de la virgen en San Juan. Lo cierto es que ese pe-

queño pueblo de Nueva Galicia, hasta entonces despoblado, cobró vida y se convirtió en sede del mercado más importante de la región.

Así para 1630 se reportaban dos mil visitantes; en 1639 tres mil, un siglo después pasaban de ocho mil los concurrentes y para 1792 se decía que pasaban de treinta y cinco mil los asistentes.⁴¹

Este aumento es explicable, en vista de que el pueblo se encontraba en el corazón mismo del Bajío, zona importante por los numerosos reales mineros que se explotaban en las localidades cercanas y obviamente por los miles de ranchos y haciendas que producían los bienes necesarios para la subsistencia de animales y hombres de esos lugares. Simplemente en la jurisdicción del pueblo de San Juan de los Lagos se reportaban en 1773 la existencia de mil cuarenta y siete haciendas y ranchos, en las que habitaban mil seiscientas sesenta familias, compuestas de ocho mil novecientas cincuenta y un personas.⁴² Es decir, era una zona densamente poblada, para la época, llena de numerosos productores, que requerían un mercado.

Además en la región se producían manufacturas diversas, así lo sugiere el viajero inglés, William T. Penny, en el siguiente texto de 1824:

Cuando un extranjero llega al mesón [de San Juan de los Lagos] puede estar seguro de que será asaltado por todos los manufactureros del lugar y si su objetivo es comprar sus trabajos pronto llenará sin molestia su cuarto con mercancía selecta y a bajísimo precio.⁴³

El pueblo como se ha descrito quedaba cerca de la confluencia de varios caminos; del que iba de la ciudad de México a Guadalajara y a San Blas, también estaba cerca de los caminos que venían de tierra adentro, es decir del norte; así como de las ciudades mineras más importantes, como Zacatecas, San Luis Potosí, Aguascalientes y Guanajuato.

De todo lo anterior se puede concluir que San Juan de los Lagos reunía requisitos importantes para ser sede de una feria comercial; en primer lugar, había visitantes permanentemente en el lugar; en segundo, había espacio suficiente para que visitantes y negociantes pudieran establecerse a sus anchas, porque imaginemos a toda esa gente tratando de acomodarse en Guanajuato, León o Zacatecas, habría sido imposible por las características geográficas de esas ciudades y por la imposibilidad de ofrecer servicios, que improvisados y todo, se daban en San Juan. En tercero, la producción agrícola, ganadera y artesanal de la localidad y zonas circunvecinas encontraba un adecuado canal de comercialización y cuarto, las ciudades y centros mineros de esa rica región encontraban la oportunidad de satisfacer sus necesidades de manera rápida, en un solo lugar y además de que se podía adquirir de menudeo y de mayoreo, según las posibilidades de cada quien.

En este sentido, se pueden establecer algunas diferencias con las otras ferias que se realizan en el México colonial; en primer lugar, esta feria no tuvo su origen en el comercio internacional como sí lo tenían las de México y Jalapa, que estaban sujetas a la llegada de las flotas españolas para que se pudieran realizar. En segundo, su origen no obedeció al dictado de los comerciantes monopolistas de la ciudad de México y mucho menos de los de España; y en tercer lugar, gran parte de las ventas que se hacían en San Juan eran al menudeo, lo que abrió mayores posibilidades a comerciantes de pocos recursos, que compraban en San Juan y revendían tierra adentro. Lo que abrió nuevas brechas en los procesos de circulación de mercancías y de dinero.

Es decir, se trata de un mercado que surgió como respuesta a la imperiosa necesidad de establecer un mecanismo apropiado para circular los productos de la localidad, que poco a poco fue ganando importancia, hasta convertirse en un renombrado mercado regional, en el que confluían compradores y visitantes de prácticamente todo el norte.

Es interesante notar, que por un lado el viejo sistema de flota y feria, esquema por el que funcionaba la feria de Jalapa, se acabó con el libre comercio; mientras que por el otro, la feria de San Juan parece revitalizarse en las nuevas circunstancias. Esto fue posible, desde mi punto de vista, porque la economía novohispana tendía a romper la inmovilidad y apuntaba a un crecimiento autónomo de las necesidades de la península.

En este sentido, debe tomarse en cuenta la fuerza que algunos sectores de comerciantes adquirieron a fines del siglo XVIII; uno de ellos, fue precisamente el grupo de Guadalajara, que logró, no obstante la oposición del Consulado de la ciudad de México, formar su propio consulado, que de manera oficial se instituyó el 13 de septiembre de 1795,⁴⁴ mismo que duró en funciones hasta el 6 de noviembre de 1824.⁴⁵

Considerar la instauración del Consulado de Guadalajara en este contexto tiene importancia; pues informa de la relevancia que llegaron a adquirir los comerciantes tapatíos, que se constituyeron en un grupo emergente de la economía colonial, grupo que logró coordinar y agrupar a una buena parte de los comerciantes del occidente y del noroeste del país, que día con día aumentaba su influencia.

Es importante mencionar que al igual que en Guadalajara también en otras ciudades novohispanas aparecieron grupos de comerciantes que hacían esfuerzos por contrarrestar el poder del Consulado de la ciudad de México. Aun antes de que desapareciera el sistema de flotas, ya no eran los negociantes de México los que acaparaban las mercancías que venían de Europa: numerosos detallistas compraban también en la feria de Jalapa; incluso en las últimas ferias que se realizaron en Jalapa los mercaderes de la ciudad de México fueron los que menos bienes adquirieron. Por ejemplo, en 1770 los ciudadanos compraron mercancías por un valor de 4,817,991 pesos 3 1/2 reales, mientras que los de otras partes

lo hicieron por un valor de 6,530,104 pesos 1 1/2 reales. En la feria celebrada en 1772 adquirieron bienes por valor de 6,942,465 pesos 5 reales y los de otros lados por 11,969,879 pesos. Finalmente, en la de 1776 los de México compraron mercaderías por 2,751,788 pesos 3/8 de real y los de otras regiones lo hicieron por 8,371,844 pesos 1 3/8 reales.⁴⁶

Lo que significaba, que el Consulado perdía el control del comercio interno, de manera absoluta; pues no sólo no dominaba el tráfico de lo que se producía de manera interna, que cabe aclarar nunca le interesó, ni lo tuvo y tampoco el de las mercancías extranjeras, sector en el que siempre había dominado. Así las necesidades de la Corona de establecer un sistema más moderno de comercio, coincidieron con la decadencia del Consulado de la ciudad de México y con el carácter emergente de otros comerciantes, como los de Guadalajara y Veracruz.



El status legal de la feria

Las características innovadoras de este tipo de comercio coincidieron con los propósitos de los borbones de reformar el sistema de comercio existente en las colonias. Sin embargo las propuestas de la Corona siempre fueron ambiguas; pues por un lado proponía un sistema de libre comercio, esquema en el que la feria de San Juan encuadraba perfectamente

bien; por el otro las instituciones en las que se apoyó para sus nuevos proyectos eran las tradicionales y ello explica la creación de los consulados de Guadalajara y Veracruz. Fue en este contexto de la política española cuando se expidió la Real Cédula de 20 de noviembre de 1797, en la que se reconoce la gran utilidad de que la feria se realizara con regularidad.

En la Real Cédula se establecía el privilegio de que en la Villa de San Juan de los Lagos se pudiera realizar una feria anual, enteramente libre de todo derecho, alcabala, arbitrio y peaje.⁴⁷ Dejar hacer, dejar pasar reza el lema del liberalismo económico y justamente eso proponía el rey que se hiciera en los quince días que durara la feria. Además se otorgaban tres días para que las mercancías que no se hubieran vendido regresaran a sus lugares de origen, en caso contrario se cobraría la alcabala correspondiente.⁴⁸ La organización y control de la feria estaría al cuidado del Consulado de Guadalajara.

Con el fin de evitar el contrabando, todos los bienes que salieran de San Juan deberían llevar guía del Receptor de Lagos, en caso de que esto no sucediera los bienes serían decomisados. Este aspecto fue uno de los que más cuidó la Corona española, sin embargo, el contrabando a fines de la colonia era moneda corriente en toda la Nueva España y en el México independiente. A las autoridades fiscales no les interesaban los géneros de poco valor, pues esos estaban exentos de cualquier pago, ya que se consideraba que eran las familias pobres las que adquirirían esos bienes.⁴⁹

También se buscó dar facilidades a los negociantes que llegaran a San Juan, por lo que se ordenó que se construyeran cien cajones que deberían de servir de tiendas. La obra debía hacerse con los fondos del Consulado de Guadalajara, en caso de que no tuviera suficiente, debería de conseguir un préstamo, por el que quedaría en prenda el alquiler de los cajones, mismo que nunca debería de exceder el 5% del

capital invertido. Asimismo se preveía el acondicionamiento del camino y la construcción de un puente que diera seguridad y comodidad a los asistentes a la feria.⁵⁰



La feria y el contrabando

*Señores los extranjeros
son causa de nuestros males,
pues con su astucia y modales
nos están dejando en cueros.*⁵¹

La preocupación en torno a la introducción de mercancías extranjeras en los dominos españoles y el control fiscal de las que venían de España fueron una inquietud constante de la política española, sin embargo ninguna de las dos cosas pudo evitar. Tanto en la flota que venía de España, como en el Galeón de Manila y más tarde en el Navío de Permiso, concesión otorgada para que anualmente un barco de Inglaterra vendiera en la Nueva España, se introducían mercancías que no pagaban impuestos. A fines del siglo XVIII el contrabando intercolonial y el que se realizaba con otras naciones rompían el cerco proteccionista de la Corona.⁵²

En la época independiente, la polémica en torno a qué tipo de sistema comercial se debería de implantar en el país ocupó a muchos de los estadistas e intelectuales de la

época; en en la mayoría de los casos se eligió el proteccionismo y el estricto control fiscal.⁵³ La justificación de la política descansaba en las siguientes razones: asegurar ocupación a los trabajadores mexicanos; evitar la competencia de la industria extranjera con la mexicana y dejar libre el mercado a los productos nacionales.⁵⁴

Más allá de la polémica, en la realidad había una constante introducción de mercancías de otros países, algunas pagaban los altos aranceles que les imponía la política fiscal y otras entraban de contrabando.

La nación con la que más se comerciaba era Inglaterra; en la primera mitad del siglo XIX, el 40% de las importaciones procedían de esa isla; casi el 30% provenían de Francia, seguidos de Estados Unidos, Alemania y España.⁵⁵ En los puertos del Pacífico, Acapulco, San Blas, Mazatlán y Guaymas, era indiscutible la primacía inglesa. Incluso los principales ingresos de la aduana de San Blas, en una buena parte del siglo XIX, procedían de los pagos que hacían los comerciantes ingleses por la introducción de mercancías.⁵⁶

Sin embargo, los efectos que entraban vía contrabando eran tan o más importantes que los que lo hacían legalmente. Los comerciantes ingleses consideraban que era necesario usar el contrabando ante la excesiva carga fiscal y la inestabilidad social que predominaba en el país; sus tratos comerciales extralegales siempre encontraron comerciantes mexicanos ansiosos de entrar en tratos con ellos.⁵⁷

En la feria de San Juan como en muchas otras partes de la naciente república, el contrabando se realizaba a pleno sol; las autoridades locales vendían protección a los negociantes extranjeros para que introdujeran sus mercaderías por todo el país. Payno cita el caso de unos comerciantes nayaritas que vendieron mercaderías inglesas por alto valor.⁵⁸

Así la feria entró en una nueva etapa, la del comercio internacional; sin embargo esta introducción de mercancías

inglesas y europeas en general, efectivamente inhibieron el crecimiento de la incipiente industria nacional, pues como hemos visto traían mercancías de alto valor, pero también telas para las que hoy en día llamaríamos clases populares. Es decir que este comercio era más global, abarcaba a toda la sociedad y hacía competencia a manufacturas que durante la época colonial no habían tenido competencia, pues el comercio español estaba orientado a los grupos de altos ingresos de la Nueva España.

Lo grave de la situación era que estos comerciantes extranjeros, no venían por mercaderías nacionales lo que hubiera activado la industria del país, su interés radicaba esencialmente en la plata, por lo que había una constante descapitalización. En fin, a pesar de todo, la feria seguía funcionando y no obstante estas circunstancias los productos nacionales tenían un mercado de intenso tráfico.



Conclusiones

Fernand Braudel señala, acertadamente, que el mercado es un nexo entre la producción y el consumo;⁵⁹ es decir que el mercado no existe por sí mismo, sino que es la expresión de una economía, es el termómetro de lo que ocurre en el terreno de la producción.

En este sentido, el mercado de San Juan de los Lagos fue la expresión de una economía pujante, que en la postrimería de la época colonial encontró el mecanismo adecuado para

comercializar sus productos. Que sobrevivió gracias a que era justamente un mercado creado por necesidades internas y porque había una producción que sostenía el nivel de intercambio. Por lo que se puede afirmar que la feria de San Juan era más moderna que las otras que se celebraban en la colonia, pues respondía al impulso de una economía que creaba sus propios circuitos de distribución y no al deseo de España (Corona, comerciantes, etc.) de extraer el excedente de la economía colonial.

Además de que la compra-venta de productos no estaba restringida a un pequeño sector de acaparadores, sino que había un amplio espectro de compradores y vendedores que hacían circular mercancías por todo el norte del país.

Las comunicaciones y el hospedaje tenían serios problemas para satisfacer la demanda, obstáculo número uno para crear un sistema de comercio que rebasara el sistema de ferias; es decir, que las mismas características de estos servicios, provocaban una una inadecuada distribución de mercancías, por lo que una feria solucionaba el problema. La feria se convertía en el acontecimiento aglutinador de un gran número de mercaderías que podían ser adquiridas de inmediato y de allí irradiaban otros circuitos de circulación más restringida.

Con todo y esta expresión de arcaísmo que vemos, no sólo en la feria sino en todo el sistema de comunicaciones y de hospedaje, la feria decembrina de San Juan cumplió el papel de foro de expresiones regionales, un lugar en el que era posible reconocer cierta unidad en la diversidad de elementos que formaban un país.

La entrada de México a los circuitos comerciales internacionales no fue satisfactoria, la inestabilidad política, la corrupción y la debilidad en que estaba una buena parte de la economía debido a la guerra de la independencia, ocasionó que no se pudiera competir adecuadamente con las manufacturas llegadas del exterior. Sin embargo, en la feria el

sector nacional por débil que fuera nunca dejó de estar presente. En conclusión, en esta última etapa se truncó la posibilidad de establecer un sistema de libre comercio sano, de acuerdo a las reglas del siglo XIX, porque se siguió la vía de la circulación y no de la producción, como venía sucediendo a fines de la época colonial y principios del siglo XIX.

Notas

- ¹ Calderón, 1967, p. 344
- ² Payno, 1979, pp. 560-561
- ³ *Ibid.*, 559-563
- ⁴ Calderón, 1967, p. 344
- ⁵ Ward, 1981, pp. 541-542
- ⁶ *Ibid.*, p. 542
- ⁷ Ortega, 1987, p. 399
- ⁸ Alvarez, 1856, p. 458
- ⁹ Payno, 1979, p. 563
- ¹⁰ Alvarez, 1856, p. 458
- ¹¹ Payno, 1979, p. 564
- ¹² *Ibid.* p. 564
- ¹³ Alvarez, 1856, pp. 39-40
- ¹⁴ *Ibid.* p. 240
- ¹⁵ *Ibid.* p. 337
- ¹⁶ *Ibid.* pp. 269 y 40
- ¹⁷ *Ibid.* pp. 422 y 40
- ¹⁸ *Ibid.* pp. 386 y 40
- ¹⁹ *Ibid.* pp. 57-58
- ²⁰ Payno, 1979, p. 560
- ²¹ *Ibid.*, p. 564
- ²² Humboldt, 1973, p. 169
- ²³ Ward, 1981, p. 676. La localización geográfica del lugar es la siguiente: "está entre los paralelos 21' 14 02" de latitud norte y 3' 0 de longitud occidental del Meridiano y a 1820 metros de altura sobre el nivel del mar." Razo, 1975, p. 253.
- ²⁴ Payno, 1979, p. 560
- ²⁵ Ortega, 1987, p. 140
- ²⁶ Payno, 1979, p. 561
- ²⁷ Ortega, 1987, p. 140
- ²⁸ Ward, 1981, p. 676
- ²⁹ Payno, 1979, p. 562
- ³⁰ *Ibid.*, p. 563
- ³¹ *Ibid.*, p. 562
- ³² Ibidem
- ³³ Guerra, t.I, pp. 347-348
- ³⁴ Payno, 1979, pp. 560 y 566
- ³⁵ *Ibid.*, pp. 560-561 y 566

- ³⁶ *Ibíd.*, pp. 560 y 566
- ³⁷ *Ibíd.*, p. 561
- ³⁸ Razo, 1975, pp. 252-253
- ³⁹ Van Young, 1989, p. 35
- ⁴⁰ Razo, 1975, p. 253
- ⁴¹ Carrera Stampa, 1953, p. 334
- ⁴² Calderón, 1984, p. 358
- ⁴³ Ortega, 1987, p. 140
- ⁴⁴ Ramírez, 1942, p. 21
- ⁴⁵ *Ibíd.*, p. 84
- ⁴⁶ Real, s/f, p. 127
- ⁴⁷ Razo, 1975, p. 258
- ⁴⁸ *Ibidem*
- ⁴⁹ *Ibíd.* p. 257
- ⁵⁰ Razo, 1975, p. 253
- ⁵¹ Chávez Orozco, 1977, p. 51
- ⁵² Real, s/f, p. 50-55
- ⁵³ Herrera, 1977, véase el apéndice 4 sobre las leyes arancelarias que se dictaron de 1824 a 1872, pp. 176-187.
- ⁵⁴ Carta de Ignacio Ramírez a Guillermo Prieto sobre el Libre cambio, 1875, en Matute, 1973, p. 159
- ⁵⁵ Cardoso, 1980, p. 215
- ⁵⁶ Mayo, 1991, p. 676.
- ⁵⁷ *Ibíd.* pp. 678-687
- ⁵⁸ Payno, 1979, 587-615
- ⁵⁹ Braudel, 1986, p. 51

Bibliografía

- Alvarez, José J. y Rafael Duran. *Itinerarios y derroteros de la República Mexicana*, México, Imprenta de José A. Godoy, 1856, 480 p.
- Braudel Fernand. *La dinámica del capitalismo*, México, F.C.E., 1986.
- Calderón de la Barca, Francisca Erskine Inglis. *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*, traducción y prólogo de Felipe Teixidor, México, Porrúa, 1967 (2).
- Canales Herrera, Inés. *El comercio exterior de México 1821-1875*, México, El Colegio de México, 1977, 193 pp.
- Cardoso, Ciro (coord.) *México en el siglo XIX (1821-1910) Historia económica y de la estructura social*, México, Nueva Imagen, 1980.
- Carrera Stampa, Manuel. "Las ferias novohispanas", *Historia Mexicana*, 3(3) enero marzo 1953: 319-342, maps.
- Chávez Orozco, Luis. *La agonía del artesanado*, México, Centro de Estudios Históricos del Movimiento Obrero Mexicano, 1977, 108 pp.
- Guerra, François-Xavier. *México: del antiguo régimen a la revolución*, México, F.C.E., 1988. T.I.
- Humboldt, Alejandro. *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, estudio preliminar, revisión del texto, cotejos, notas y anexos de Juan A. Ortega y Medina, México, Porrúa, 1973 (2), 696 pp.
- Matute, Alvaro. *México en el siglo XIX. Antología de fuentes e interpretaciones históricas*, México, UNAM, 1973, 565 pp.
- Mayo, John. "Imperialismo de libre comercio e imperio informal en la costa oeste de México durante la época de Santa Anna", *Historia Mexicana*, v. XL, abril-junio, 1991, n. 4, pp. 673-696.
- Ortega y Medina, Juan A. *Zaguán abierto al México republicano (1820-1830)*, México, UNAM, 1987, 216 pp.
- Payno, Manuel. *Los Bandidos de Río Frio*, prólogo de Antonio Castro Leal, México, Porrúa, 1979 (10), 758 pp.
- Ramírez Flores, José. *El Real Consulado de Guadalajara. Notas históricas*. Guadalajara, Banco Refaccionario de Jalisco, 1942, X, 125 pp.
- Real Díaz José, Joaquín. *Las ferias de Jalapa*. Sevilla, Publicaciones de la Escuela de Estudios Americanos, 1959, reedición hecha por Instituto Mexicano de Comercio exterior, s/f, México, 168 p.
- Van Young Eric. *La ciudad y el campo en el México del siglo XVIII. La economía rural de la región de Guadalajara, 1675-1820*, México, F.C.E., 1989, 392 pp.
- Ward, Henry George. *México en 1827*, México, F.C.E., 1981, 788 pp.